

DIEGO MUÑOZ Y TOMÁS LAGO:
MEMORIAS EN TORNO A NERUDA

DIEGO MUÑOZ AND TOMÁS LAGO: MEMOIRS AROUND NERUDA

Hernán Loyola
Universidad de Sássari, Italia
oyolah@gmail.com

RESUMEN

Se comentan en este trabajo obras memorialísticas de Diego Muñoz y de Tomás Lago, esencialmente centradas en la personalidad de Pablo Neruda, con quien los autores de estos libros tuvieron una entrañable relación de cercanía desde la juventud. Cada una de estas memorias abarca un periodo de veinte años, aunque en distintas altitudes temporales: la de D. Muñoz se inicia en 1923 y termina en 1934, la de T. Lago va desde 1935 a 1955. Ambas testimonian episodios y circunstancias biográficas reveladoras.

PALABRAS CLAVE: Pablo Neruda, memorias, Diego Muñoz, Tomás Lago.

ABSTRACT

This article talks about memoir works of Diego Muñoz and Tomás Lago, whose center point is Pablo Neruda's personality. Since youth both authors had a very close relationship with the poet. Each one of the analyzed memoirs covers a lapse of 20 years, but in different decades: From 1923 to 1934 in the case of Muñoz and from 1935 to 1955 in Lago's case. Both memories give testimony of a revealing time and biographic circumstances.

KEY WORDS: Pablo Neruda, Memoirs, Diego Muñoz, Tomás Lago.

Recibido: 25 de marzo de 2013 Aceptado: 29 de abril de 2013

Nacieron el mismo año (1903) en ciudades –no lejanas entre sí– del sur de Chile. Sus respectivos libros, que ambos llaman *memorias*, se publicaron póstumos el mismo año 1999, a distancia de un mes: en septiembre el de Tomás Lago, el de Diego Muñoz en octubre. Tomás había muerto en 1975, Diego en 1990. Ambos, desde la adolescencia, habían sido amigos de Pablo Neruda, al que explícitamente conectaron los títulos y la escritura de los recuerdos, pero con modalidades diferentes. Los títulos: (1) Diego Muñoz, *Memorias. Recuerdos de la bohemia nerudiana*, Santiago: Mosquito Editores, 1999; (2) Tomás Lago, *Ojos y oídos / Cerca de Neruda*, edición a cargo de Hernán Soto, Santiago: LOM Ediciones, 1999. En el texto que sigue citaré por estas ediciones.

Hay otras curiosas convergencias. En ambos casos las *memorias* cubren períodos de 20 años. Los recuerdos de Diego Muñoz abarcan episodios o anécdotas que comienzan en las calles y tabernas de Santiago en 1923 y que avanzan hasta el regreso de Neruda desde México en 1943. Los apuntes reunidos por Tomás Lago inician en 1935 con un extenso primer capítulo que registra imágenes y transcripciones de encuentros con Joaquín Edwards Bello, Pedro Prado y Juan Guzmán Cruchaga, distribuidos durante los posteriores años treinta y los primeros cuarenta, sin Neruda (porque él está en Madrid, en París o en México) hasta 1943. Pero los restantes capítulos, vale decir casi el 90% de los apuntes transcritos, se ocupan de Neruda y su Circunstancia desde el verano de 1944 hasta la vigilia del Año Nuevo 1955, cuando la ruptura con Delia del Carril es inminente. Lo cual significa que, por un extraño y casual designio, las memorias de Tomás Lago retoman la trayectoria de Neruda justamente donde la dejaron las memorias de Diego Muñoz.

Mi amistad con Neruda me permitió conocer y frecuentar a ambos memorialistas. A Tomás, desgraciadamente, sólo por pocos años, desde 1952 hasta 1957-1958, cuando su ruptura con Pablo lo distanció también de mí. En cambio con Diego nos encontrábamos a menudo en La Chascona o Isla Negra y en actividades de carácter político-cultural. En 1964, para el número de la revista *Aurora* en homenaje a los 60 años de Neruda, a petición mía escribí un testimonio evocador de la bohemia juvenil compartida. Lo vi por última vez en septiembre de 1973, durante el funeral de nuestro poeta y común amigo.

I. LOS RECUERDOS DE DIEGO MUÑOZ

LA ESCENA PRIMARIA

En su “Introducción” el autor sitúa el origen del libro en una quincena de conversaciones diarias con Pablo Neruda en Isla Negra a comienzos de 1973, en pleno corazón del verano. Dos semanas de vacaciones en el cercano balneario El

Tabo propiciaron aquellas cotidianas caminatas vespertinas hasta la casa del amigo enfermo, con quien cada tarde pasaron revista a personajes y episodios del pasado, intercambiaron confidencias y se sorprendieron mutuamente con revelaciones de secretas vicisitudes. Nunca mencionada por cierto, pero con insoslayable presencia en la habitación, la enfermedad terminal de Neruda confería melancólica intensidad y particular significado al coloquio de cada día: “Los recuerdos que siguen son los que hicimos en aquella oportunidad gozosamente y también con alguna melancolía” (9).

En su conjunto el libro otorgará legitimidad y validez introductoras a esta escena primaria que autoriza al narrador –portavoz de Diego– a mezclar en su relato niveles autobiográficos y memorialísticos, vale decir, los recuerdos privados del autor por un lado, y por otro el anecdótico conexo a Neruda, al mundo nerudiano (autor incluido) y al marco histórico común. No me caben dudas de que cada tarde, durante aquella serie de conversaciones informales en Isla Negra, se dio espontáneamente esa mezcla tan del gusto de Pablo. Así, esta escena primaria justifica en parte el predominio de anécdotas y chismes propios de una evocación entre viejos amigos; a la vez sirve a Diego para prodigar en el texto sus hazañas eróticas y también para reclamar un propio nivel literario, independiente de la órbita de Neruda pero sin negar o discutir la excepcionalidad del amigo. Otra parte de los límites y características de los recuerdos elegidos (y de las omisiones) fue determinada, obviamente, por el hecho de haber sido escritos (o reescritos) con intención de publicarlos dentro de las condiciones de censura impuestas por la dictadura militar.

La frase citada propone entonces un plan de escritura abigarrado, sin orden cronológico, con predominios alternos o azarosos de lo autobiográfico y de lo memorialístico¹, más algunas dispersas digresiones sobre asuntos literarios, sociológicos o políticos.

Anotemos de paso que el volumen en cuanto objeto, mal impreso y peor encuadernado, merecería una más cuidada reedición. El texto aparece organizado como una secuencia única, no dividida en partes o secciones mayores sino en 45 apartados de varia extensión (con títulos en versales negras), algunos subdivididos en apartadillos (sin título). La mencionada “Introducción” y un “Epílogo” marcan los límites extremos de la serie.

¹ Ver Philippe Lejeune, *Il patto autobiografico*. Bologna: Il Mulino, 1986: 12-13. Edición original: *Le pacte autobiographique*, Paris, Éditions du Seuil, 1975.

LA LÍNEA AUTOBIOGRÁFICA (I): MORIR Y RENACER

Al apartado introductor (7-9) sigue uno más extenso (9-23), titulado “Mi nuevo amor”, que funciona de hecho como presentación sinóptica de las líneas narrativas básicas que el libro va a desarrollar, en progresión desde lo más individual hasta la dimensión histórica –nacional e internacional– de los primeros decenios del siglo XX. El título del apartado es indicio de que el acontecer sentimental y erótico del autor será una línea privilegiada en su relato.

En septiembre de 1943 Pablo partió desde México a Chile y yo salí de mi casa por primera vez luego de estar en cama durante varios meses a consecuencia de un accidente ferroviario en la Cuesta de Palos Quemados, del ferrocarril del norte. De la *Unión para la Victoria* me habían enviado en gira de propaganda en favor de las Naciones Unidas durante la guerra mundial contra el nazifascismo (9).

Estas memorias comienzan así *in medias res*, en una fecha relativamente tardía de la *bohemia nerudiana*, más caracterizadora de los años '20 y '30. Hay una razón: el memorialista inicia narrando un espectacular episodio de riesgo mortal para sí y para las *memorias* mismas, que pudieron haber sido nunca escritas. Comienza entonces con los temas del Morir y del Renacer. Un rito de exorcismo, en realidad, abre estas *memorias* configuradas tras la desaparición de Pablo y tras haber alcanzado el autor mismo sus 70 años.

Cuando aquel tren al norte estaba llegando a la cima de la Cuesta de Palos Quemados, el vagón de cola –que era el vagón-restorán donde Diego había empezado a comer siendo las 20 horas– se desprendió con estruendo e inició la recaída cuesta abajo y a velocidad creciente. En este punto de extremo peligro y próximo al fatal e inminente desenlace, el narrador-protagonista, como en las viejas *seriales* a episodios de la Republic Pictures, suspende bruscamente su relato. Pero sólo para intercalar otro, subordinado, en el que Diego, siendo periodista de *Las Últimas Noticias*, doce años antes (1931) había entrevistado a un Mago que pretendía adivinar el porvenir de los concurrentes al Teatro Unión Central, y al que declaró su intención de desenmascararlo ante los lectores del diario. El Mago, sin inmutarse, le preguntó si temería saber cuándo y cómo iba a morir. Aceptando el desafío, Diego escuchó al Mago vaticinarle una muerte violenta alrededor de sus cuarenta años. Y ahora, cuando el vagón-restorán está por estrellarse, le faltan sólo tres meses para cumplir los fatídicos cuarenta.

Sobreviviente por milagro, y convaleciendo en el hospital de Illapel, algunas semanas después Diego afronta resignado un nuevo asalto del vaticinio por vía de un feroz terremoto con epicentro en esa zona. Otra vez sobreviviente, del tercer ataque profético lo rescata su amigo Ernesto Eslava, quien, por encargo de la Alianza de Intelectuales y de la Sociedad de Escritores de Chile, lo devuelve a Santiago y lo deja en casa de sus padres.

Después de tres meses de atención médica volví a mi buhardilla de la calle San Antonio. Y un día me levanté dispuesto a caminar un poco, a mirar de nuevo el mundo. Bajé, pues, a la calle y luego de andar un par de cuadras entré a la calle Estado (13).

La figura mediadora del Renacer es una chica liceana que había conocido tiempo atrás en la Biblioteca Nacional (cuando iba a visitar a su amigo Juvencio Valle) y que lo rehuía. El convaleciente la reencuentra, ya no colegiala sino muchacha en flor que también convalece tras seis meses de enfermedad y que ahora lo reconoce y acepta. Ella será la mujer de su vida, Inés Valenzuela, la esposa con quien tendrá dos hijos.

Sin solución de continuidad el narrador introduce aquí a Pablo Neruda, ya de regreso desde México en noviembre de 1943. “Pocos días después nos reunimos en la Universidad de Chile para ir a recorrer las librerías de San Diego, las de viejo por cierto. *Le presenté a Inés*” (14). Recorriendo locales y estanterías, Pablo descubre en Inés a una bien preparada lectora y conocedora de novelas policiales. Una razón especial para aprobar la elección amorosa del amigo. Es lo que al narrador interesa subrayar.

Algunos párrafos más adelante, otro encuentro introducido en modo similar. “Pocos días más tarde íbamos caminando con Inés por San Pablo hacia Bandera cuando divisé en la esquina a la *Hermana*” (15), la mujer que en los años 20 o 30 vendía alcancías de yeso en los bares y que la banda de Neruda acogió con simpatía invitándola a beber con ellos cada vez que aparecía. Ahora, al cabo de tantos años, «¡Hermana!», la saluda Diego cariñosamente. “Ella se volvió sorprendida. El mismo rostro sin dientes y sus brillantes ojos alcohólicos. La misma pobre vestimenta” (15). *Diego le presenta también a Inés.*

En este apartado el narrador ha introducido entonces –de improviso– a dos personajes que encarnaban las dimensiones opuestas y complementarias de la bohemia juvenil de Diego: Pablo era la literatura, la seriedad, los valores artísticos; la Hermana era el desorden, la juerga, la exaltación alcohólica. Sólo en apariencia, sin embargo, el narrador ha derivado hacia la línea memorialística, hacia recuerdos gregarios de la ciudad nocturna o del pasado histórico-cultural. En verdad los dos personajes, Neruda y la Hermana, han sido introducidos desde la misma perspectiva individual autobiográfica que gobernó los relatos del accidente en la Cuesta de Palos Quemados y del feliz reencuentro con Inés. La extrema oposición de las dos figuras, Pablo y la Hermana, es la clave del verdadero significado de este segmento del primer apartado, a saber: la *iniciación* de la muy joven Inés al complejo y contradictorio pasado de su flamante novio de 40 años.

LA LÍNEA AUTOBIOGRÁFICA (II): EL PADRE Y EL MAR

Entremezclados con los de la banda de Neruda, aquellos recuerdos en que domina la historia individual y privada del narrador-protagonista presentan un carácter

más bien extrovertido, aventurero o erótico. Sólo por vía indirecta o incidental nos enteramos de la estructura íntima del autor, de su desarrollo interior. Algunos rasgos vienen apenas insinuados, por ejemplo la relación con el padre, y a la vez consigo mismo, en el apartado “El sueño de mi vida” (213-217).

En 1936 vendí mi biblioteca a la Universidad de Texas. Ya tenía todo resuelto. Compraría un barco pesquero que salía dos veces por semana en un corto viaje recogiendo la faena de los pescadores que trabajan en las caletas que quedan al norte de Valparaíso. De vuelta, entregaba todo al mercado del puerto. No podía ser más fácil ni más conveniente el trabajo. Yo viviría a bordo; o sea, que se realizaba *el sueño de mi vida*. Mi única obligación eran aquellos dos viajes por semana. El resto del tiempo podía emplearlo como me diese la gana, viajando, escribiendo. Pero justamente cuando ya estaba todo a punto, intervino mi padre. Necesitaba dinero para mejorar su aserradero (*situado probablemente alrededor de la ciudad de Victoria, donde había nacido el autor, no lejos de Temuco*); el mercado de la madera para Argentina no podía ser mejor. Si se producía un cambio sería para favorecer todavía más el negocio. Los dólares alcanzaban al justo para comprar el barco y algunos gastos más. Si accedía a la petición de mi padre, todo se iba al diablo [...]

Discutimos mucho. Mi padre estaba empecinado. Su proyecto era la culminación de su vida de maderero... ¿Qué hacer?... Hice el último intento, pero fue inútil. Finalmente, reflexioné. A mi padre le debía todo lo que yo era... Es verdad que, *accediendo a sus deseos*, seguí la carrera de Derecho aunque sin vocación, porque hubiera preferido Medicina. Pero ya estaba todo consumado. El hecho era que él lo había dado todo por mí (?) y yo estaba negándole ahora lo que me pedía. No era justo, sin duda... y decidí entregarle todo el dinero... (213-214, énfasis y paréntesis de H.L.).

La felicidad del padre y la inversión de aquel dinero duraron sólo aquella temporada de trabajo, porque poco después Argentina cerró sus fronteras a los madereros chilenos. “Fue la ruina de todos. En las estaciones ferroviarias del sur se veían castillos por centenares, vagones cargados de madera que debieron ser descargados, porque el comercio de la madera se había paralizado. En fin, el desastre.” (214). Después de consolar a su padre, y de tranquilizarlo por el daño que había procurado a su hijo, Diego viaja a Valparaíso y se embarca en el vapor *Arica*, “enrolado por dos vueltas redondas hasta Río de Janeiro por el Estrecho de Magallanes. Ese viaje debía *indemnizarme* de todas las calamidades que se me habían venido encima. Era mi esperanza. Y así resultó. / Para comenzar, el trabajo de a bordo me devolvió el goce de vivir; luego, la amistad del capitán Vidal, del Contador y de la tripulación, me hicieron feliz. Todos eran gente magnífica” (214-215).

No hace falta mucha perspicacia para leer el trasfondo y la ambigüedad de esta historia, donde por dos veces el padre impone al hijo –egoístamente– caminos de vida no deseados, obligándolo a buscar *indemnizaciones* por otras vías. Y quitándole seguridad en sus propios criterios y capacidades. Así, el desvío del abortado médico hacia el Derecho no generó un abogado sino un periodista a plazos o *free lance*, sin grandes satisfacciones, y un escritor. que no encontró su mejor camino. Me parece particularmente significativo que su declarada propensión oceánica, muy visible en estas *memorias* –y que pudo hacer de Diego no sólo un intrépido y feliz navegante sino un notable escritor en línea con Loti o Conrad, y en Chile con D’Halmar, Salvador Reyes, Benjamín Subercaseaux o Coloane–, no alcance sino modestas manifestaciones en su escritura de ficción (v. su cuento “Barco frutero”).

A diferencia de Neruda, Diego no supo contrastar las pretensiones autoritarias y egoístas de su padre (por el contrario las justificó, según acabamos de leer, y además sepultó en los meandros del subconsciente los muy probables rencores conexos) y presumo que por esto tampoco supo afirmar con fuerza sus más íntimas ambiciones ni sus mejores capacidades. En sus *recuerdos* aparece bien notoria, por ejemplo, su predilección por los *Veinte poemas de amor* y por la narrativa realista tradicional (más adelante se alinearán incluso con el realismo socialista en su novela *Carbón*, 1953), así como su distancia respecto a la poesía ‘surrealista’ de *Residencia en la tierra*. Y sin embargo se empeñó en situar su nouvelle *De repente* (1933) en la órbita experimental de *El habitante y su esperanza* de Neruda (1926), de *La amortajada* de Bombal (1938) y de los relatos de Juan Emar: a mi entender, porque le parecía que era la tendencia de moda en el alto nivel literario, más que por auténtico impulso o convicción.

LA LÍNEA AUTOBIOGRÁFICA (III): EROS Y AMISTAD

El apartado “El sueño de mi vida” prosigue narrando la travesía del vapor *Arica* (¿era la misma nave, de igual nombre, que Neruda, Delia y los González Tuñón tomarán en Amberes para regresar a Chile en 1937?) con escalas en Punta Arenas y en Buenos Aires, donde Diego bajará para saludar a Pablo Rojas Paz y a su mujer Sara Tornú, la ‘Rubia’. “Por la noche, gran cena: varios invitados, todos escritores, y entre ellos una bella muchacha, con quien hicimos muy buenas migas” (215), al punto que tras la cena, recíprocamente atraídos, pasan el resto de la noche en el departamento de ella y a la mañana siguiente se despiden en el puerto “con un beso muy largo” (216). Nos quedamos sin saber quién era la bella escritora. Diego no escribe su nombre, y esta omisión no será la única en el libro, porque lo que al narrador interesa contar –no sin regusto bajo apariencias de discreción y flemma– son sus éxitos de seductor.

Diego admite explícitamente que en este terreno Neruda les llevaba ventaja a todos. Pero se diría que sus recuerdos buscan acumular puntos para adjudicarse el segundo lugar. Así, otros apartados cuentan varias precedentes proezas del *tombreur*

de femmes. Uno es “Aventuras en Lima” (153-158). Expulsado de la Universidad durante la dictadura de Ibáñez (en 1928), Diego debió emprender viaje al Ecuador en compañía de su amigo León Romo, el Rucio, para terminar allá sus estudios. La travesía contemplaba una escala en El Callao, una semana antes de que un barco frutero los llevara a Guayaquil. Debido a las pésimas relaciones que había entonces entre Perú y Chile, durante aquella semana en Lima los amigos fingieron otra nacionalidad: argentina Diego, inglesa el Rucio, lo que les permitió sendas aventuras amorosas con (también anónimas) muchachas peruanas a las que, la noche anterior a la despedida en el puerto, no les importó nada la revelación de la verdad.

Los tres años en Ecuador determinaron, como es de suponer, diversas historias eróticas. Diego enamora a Florinda cuando ésta le pide consejos acerca de su relación con un italiano de mucha labia y poca acción (“Guayaquil y el amor”, 158-168). Más tórrido aún será el relato de la seducción y de la ulterior convivencia con la bella mulata Benita (171-176), que durará largamente, hasta el día de los tristes cuanto apasionados besos de la despedida final, naturalmente en un puerto, el de Guayaquil esta vez, cuando Diego regresó a Chile en 1931 con su título universitario.

La admiración y el afecto de Diego hacia Neruda lindan a ratos con un involuntario pero perceptible afán de ponderar sus propias cualidades en implícita comparación con las del amigo. Ese afán se manifiesta incluso con la insistencia de Diego en señalar su semejanza física con Pablo cuando eran jóvenes, subrayando que a veces lo confundían con él. A modo de prueba cita el testimonio de Rojas Paz en un artículo publicado en Buenos Aires por la revista *Nosotros*:

Un día lo encontré en una calle de Santiago. Él me dijo: Tú eres Rojas Paz. Y yo le dije: Tú eres Diego Muñoz. *Era asombroso el parecido físico entre Diego Muñoz y Pablo Neruda*: su perezosa voz, su lento pensamiento, su amor por la amistad conversada y caminada, su voz de madrugada y de hielo, de hierro y de bronce, lenta, tranquila, pero desesperada. Y así hablaba como si estuviera pensando en la tragedia de haber vivido, de haber esperado el violeta doloroso del alba (196-197).

En otro plano, Diego establece una homología de hecho entre su historia con Benita, la mulata de Guayaquil, y la de Pablo con la nativa birmana Josie Bliss en Rangoon, 1928:

Una noche, mientras caminábamos hacia aquel departamento [*en Santiago, 1932*], Pablo me hizo confidencias. Me contó su dramático amor con Josie Bliss. Calculé que no iba a terminar muy pronto y pasamos a un club demócrata que había en el camino. Pedí una botella de buen vino y un poco de queso, cebolla escabechada, ají y pan. Era algo que nos gustaba. Y en ese ambiente, mi amigo pudo hablarme a sus anchas del asunto. *A mi vez, yo le conté de mi amor con Benita, la niña de color de Guayaquil.*

Aquel amor con Josie Bliss es lo más dramático que pueda uno imaginar. Dramático y tierno, conmovedor. En el relato que Pablo hace en sus memorias faltan algunos detalles... (183).

Difícil perdonarle a Diego que se haya limitado a mencionar la omisión, en las memorias de Pablo, de “algunos detalles” de su historia con Josie Bliss, y que no haya aprovechado la ocasión para contarlos él, allí mismo, en este pasaje de sus propias memorias. Así como contó detalles de las historias de otros amigos.

Un aspecto importante de la línea autobiográfica en estas *memorias* de Diego es, en efecto, el espacio y la emotividad que despliegan los recuerdos que aíslan su amistad personal con determinadas figuras de la bohemia nerudiana. En particular los relativos a Julio Ortiz de Zárate (132-136), con quien solían tratarse de Contraamaestre (Julio) y Marinero o *Matelot* (Diego), y a Tomás Lago (92-97).

No por casualidad los ritos de la gente de mar fueron la forma de su amistad entrañable con Ortiz de Zárate, como el que cierra la evocación del amigo muerto: “¡Ay, Julio querido! No te he olvidado nunca. Te recuerdo cada día y de tanto en tanto bebo tu vaso, como te lo prometí” (136). Diversa, más accidentada pero no menos intensa fue la otra relación: “Con Tomás fuimos tan amigos que andábamos siempre juntos, lo que causó muchos comentarios burlescos de Pablo de Rokha” (93). Por motivos no revelados por Diego ni siquiera en estas memorias, su amistad con Tomás sufrió una interrupción de algunos años, hasta que la sinceridad de los sentimientos permitió a ambos superar el malentendido.

... yo caminaba una mañana por la calle Bandera, cuando divisé a Tomás que venía acercándose. ¿Qué hacer?

No pude resistirme. ¡Habíamos sido amigos tan estrechamente unidos! Me acerqué, lo saludé y estrechamos las manos. Conversamos un rato largo parados en la calle... Dos veces más se repitió el encuentro casi en la misma forma. Conversábamos cordialmente. Vino a nuestra casa y nosotros fuimos a la suya. Nos encontrábamos en el cementerio despidiendo a nuestros muertos comunes...

El día mismo de su muerte [*en 1975, durante la dictadura*] nos vimos en el centro. Eran las once cuando nos encontramos en la esquina de la Bolsa. Conversamos brevemente, porque cada cual iba a lo suyo. Nuevamente nos encontramos en el Banco y cerca de la una en el Correo. Entonces pensamos que debíamos sentarnos a beber algo. Y pasamos a un bar. Conversamos una media hora y nos separamos...

Esa misma tarde, hablando por teléfono con un amigo, se quedó muerto de un ataque al corazón. Lo hallaron sentado con el auricular en la mano. Ya no quedábamos del grupo, más que Homero Arce, Juvencio Valle, Ernesto Eslava y yo.

Fui a sus funerales. Tuve deseos de decir algunas palabras, siquiera. Pero la garganta se me había estrangulado. No pude pronunciar ni una sola palabra. Y no veía las horas de llegar al “Quitapenas” para tomar un trago... (96-97).

LA LÍNEA MEMORIALÍSTICA (I)

En esta línea el mérito mayor es la profusión de detalles con que Diego revisita episodios y anécdotas de la bohemia nerudiana vividos personalmente y que otros cronistas (Teitelboim, Varas) cuentan más sucintamente y de segunda mano. Por ejemplo la aparición de Raúl Fuentes Besa, *Ratón Agudo* (46-50), escena caracterizadora de un cierto sector de la vida nocturna en el Santiago de los años '20, en cuya bohemia pobre convivían los excesos del alcohol con la fraternidad y el sincero interés por los valores de la literatura y del arte. Pero convivían sobre todo con la ominosa acechanza de la muerte temprana, efecto de la miseria o precio a pagar por la voluntad contrastante, desesperada y amarga, de vivir plenamente la juventud. Vale decir, la bohemia de los años '20 en condiciones histórico-sociales de extremo subdesarrollo (que Neruda comprenderá a fondo, por comparación, durante los años que vivió inmerso en otra modalidad no menos atroz del subdesarrollo, la colonial de Rangoon, Colombo y Batavia).

El goliárdico rito anual del falso entierro del poeta Alberto *Cadáver* Valdivia en el Cementerio General, narrado con lujo de pormenores (28-32), era una especie de exorcismo contra la muerte que se llevó tempranamente a Romeo Murga, a Aliro Oyarzún, a Joaquín Cifuentes Sepúlveda, a Juan Egaña, a Raimundo Echeverría. “Muchas veces mirábamos a Pablo, con su vestimenta negra, flaco, mustio, sombrío y temíamos que llegase a tener un triste fin, como tantos otros. Nunca hablamos de esto, pero creo que todos teníamos el mismo temor” (28). Neruda confesará muchos años después que ese temor fue una de las motivaciones para salir de Chile cuanto antes. Uno de los mejores momentos de estas *memorias* de Diego ocurre al comparar los paradójicos destinos de dos importantes miembros del grupo:

La muerte andaba también tras Alberto Rojas Giménez. Y nunca lo sospechamos, porque lo considerábamos completamente invulnerable. Cualquiera de nosotros podía morir en cualquier instante, menos Alberto.

Otro que hubiera muerto en medio de las carcajadas de él mismo fue Rosamel del Valle. A menudo nos daba sorpresas estrepitosas y cómicas con su vestimenta y sus versos disparatados que hacía solamente para burlarse de la poesía. Con todo, por la misma sórdida vida que llevaba en una imprenta donde trabajaba como tipógrafo, y por lo mucho que bebía en ciertas ocasiones, veíamos a la muerte esperándolo, llevada a la rastra por él mismo, aunque estuviese frenéticamente entusiasmado. Por suerte lo salvó otro poeta, Humberto Díaz Casanueva, que lo

llevó a las Naciones Unidas [*a Estados Unidos*]. De allá volvió casado con una gringa y con una muy cuidada apariencia, a recorrer nuevamente los sitios que habíamos frecuentado tantos años (32).

Hay en esta línea notables retratos individualizados de algunos amigos. Por ejemplo los del músico-compositor Acario Cotapos y del pintor Isaías Cabezón, reunidos en un mismo apartado porque solían andar juntos. Diego no agrega mucho a lo que Pablo ya había contado sobre el histrionismo y las fobias de Acario (aparte la “Oda” al amigo fallecido), pero su relato sobre la increíble avaricia del pintor alcanza el sabor de un cuento de Maupassant. Un fragmento:

Un día le conté a Pablo que había tenido un encuentro inesperado con el maestro y la alegría nos llevó a invitarnos recíprocamente a un vino. Habíamos entrado, pedido y bebido.

—¿Y quién pagó?

—Yo, naturalmente.

—¡Desdichado! —exclamó Pablo—, le has pagado a Isaías, que acaba de recibir una herencia de varios millones.

Más adelante, el maestro recibió dos herencias más. Y resulta entonces dramático el hecho de que viviera sin darse ningún gusto, ni gastar en exceso. Y lo peor, vivir en un cuarto insalubre y morir en él, encerrado bajo llave. Lo hallaron tres días después a causa del olor sospechoso que invadía la casa. Debajo del colchón tenía una gran cantidad de billetes nacionales grandes y dólares.

¿Cómo conciliar estos hechos tan negativos y mezquinos con el carácter muy alegre que tenía el maestro? ¿Por qué no nos llevó nunca a los fondos que había heredado? ¿Por qué no le dio jamás un céntimo al pobre Antonio Rocco del Campo, que tanto necesitó en tantas oportunidades? ¿Qué razones podía tener para no tirar a la calle, siquiera la mitad de una de las herencias con nosotros?

Esto es lo que fui a preguntarle hace poco, en el cementerio. No me contestó. Guardó silencio durante largo rato, hasta que, ya con alguna amargura, le dejé un clavel en su tumba. Un clavel rojo, de esos que tanto le gustaban.

Y para provocar en él algún remordimiento, le puse otro clavel, al tiempo que le decía:

—Este es para el Ratón Fuentes. Entrégaselo cuando lo veas. Gracias a él, tú también bebiste muchas veces (67).

Como en este caso, Diego mezcla abundantemente en sus *memorias* la forma narrativa con la forma escénica, vale decir, verbaliza sus recuerdos como textos de ficción, con decidida inclusión de diálogos cuya verosimilitud no siempre es convincente. Pero en general son muy valiosos los detalles de episodios y situaciones que conoció por experiencia directa. Como aquellos cambios que con la edad y los matrimonios se produjeron en la vida del grupo de amigos de Pablo, desde que Diego regresó de Guayaquil en 1931 y Rubén Azócar regresó a Santiago desde Ancud... casado con Lavinia Andrade. (También Neruda volvió a Chile en 1932 casado con Maruca Hageenaar, pero su mísera situación económica y familiar, incluido el difícil y poco sociable carácter de su mujer, no permitió al poeta convocar y realizar, como habría querido, reuniones de amigos en los pobres y reducidos espacios en que vivió hasta mediados de 1933, cuando dejó de nuevo el país rumbo a Buenos Aires y después a Madrid).

Rubén Azócar regresó a Santiago y convirtió su casa en sitio de reuniones para todos los amigos. Rubén fue el primero en contraer matrimonio. Una prueba temible para todos nosotros. Su mujer, chilota de nacimiento, conocía muy bien las tradiciones culinarias de la región. Allí podíamos gozar de las delicias de la cocina chilota y había siempre un chuico de buen vino. Eso era ya una novedad, porque hasta entonces conocíamos el vino sólo en botellas...

Así comenzó un nuevo género de vida para nuestro grupo. Ya no frecuentábamos tanto como antes los bares. Ahora las reuniones tenían un carácter familiar. Como ningún otro se decidía a contraer nupcias, el hogar de Rubén fue el único que nos cobijó. Luego llegaría de España Pablo Neruda, cuya primera casa, en Irrarázaval 2314, pasó a ser la residencia oficial del grupo bajo la protección y el afecto de la Hormigueta, Delia del Carril.

En esta casa se discutían y planificaban nuestras actividades, ya políticas (183-184).

LA LÍNEA MEMORIALÍSTICA (II)

La recreación del clima literario local, en lo que concernía a los conflictos entre Neruda y sus tenaces agresores, extrae de las memorias de Diego materiales y precisiones de gran interés. Por ejemplo *su personal testimonio* de que Pablo dirá la verdad (como siempre hizo acerca de los asuntos importantes relativos a su vida y a su literatura) al responder en 1937 a la acusación de plagio por parte de Huidobro y De Rokha, aclarando que sus amigos lo convencieron a no anteponer al poema 16 la advertencia de que era la paráfrasis de un poema de Tagore. Este recuerdo hay que situarlo en 1923:

La primera vivienda de Pablo que conocí fue la que ocupó en un conventillo de la calle Padura [*hoy calle Club Hípico, que arranca desde la plaza Manuel Rodríguez*]. Era un cuarto casi al fondo, sin más muebles que un catre de fierro con colchoneta y algunas frazadas, un cajón con palmatoria y un tiesto y jarro para el agua sobre otro cajón. Aunque no era tarde, la vela estaba encendida y Pablo, escribiendo uno de los últimos *Veinte poemas de amor...* Nos saludamos y empecé a conversar con él. Pablo seguía escribiendo y me hablaba de tanto en tanto. No era menosprecio: hasta el último día de su vida hizo lo mismo. Parece que esto no sólo no le molestaba, sino que le agradaba que alguien estuviese a su lado interrumpiéndolo en su trabajo. En vez de estorbarlo, parecía que eso lo ayudaba. Cuando uno se quedaba callado un momento, él reclamaba inmediatamente la continuación de la charla. [*Hay otro testimonio de lo mismo en un artículo de José Donoso*].

Así estuvimos conversando aquel día, hasta que terminó.

—¿Qué es? —le pregunté.

—¿Recuerdas aquel poema de Tagore que nos gustaba tanto? Bueno, he hecho una paráfrasis. Escucha.

Y leyó lo que habría de ser el poema 16.

—¿Qué te parece?

Le di mi opinión. La paráfrasis era solamente parcial. La mayor parte era creación suya, muy hermosa.

—De todas maneras, dejaré constancia de lo que es: una paráfrasis de Tagore.

—No creo que será necesario —le dije—. Tagore es tan conocido ya en todo el mundo...

En ese momento tocaron a la puerta levemente. Abrí. Era ella.

Por la noche nos reunimos en el “Hércules”. Pablo había traído el poema. Y lo leyó. Estábamos Tomás Lago, Rocco del Campo y yo.

Tan pronto como terminó la lectura, Rocco llenó los vasos y nos invitó a beber “al seco” Tuvimos que hacerlo así, de modo que los vasos volvieron a su sitio boca abajo. Sólo entonces comenzó la discusión y finalmente se decidió que la advertencia era ociosa, que el solo anuncio de ser una paráfrasis predisponía en contra y disminuía su valor al poema (25-26).

Diego dedica no pocas páginas de su libro (en particular: 192-207) a narrar sus *incidentes* con Huidobro, tanto personales como en su rol de escudero del amigo Neruda que estaba en Buenos Aires o en Madrid. Durante el período en que Diego trabajó como periodista en la Dirección de Investigaciones, Huidobro echó a correr la especie de que era “un soplón de la policía”, acusación especialmente grave tratándose de un escritor comunista. Diego narra sus tentativas de aclarar el asunto con Huidobro, en una de las cuales la sangre llegó al río durante un encuentro a bofetadas en la Estación Mapocho (192-194).

Otras historias de signo opuesto conciernen a Juvencio Valle, también poeta de la Frontera como Pablo y Diego, hombre reservado, modesto y silencioso (*Juvencio Silencio* lo llamaba Neruda), de origen campesino como Miguel Hernández y cantor obstinado de la naturaleza del sur de Chile, con su población de flores, árboles, pájaros e insectos, ríos, lagos, bosques. Una sabrosa anécdota (189-190) muestra una faceta imprevista del bucólico y pacífico poeta. En un bar del barrio Estación Central estaban Tomás, el “Patón” Oyarzún, Monestier, Rocco del Campo, Juvencio y Diego. En otra mesa había un grupo “torciendo el brazo” y el ganador, robusto y arrogante, se alzó para desafiar públicamente a quien se atreviese a competir con él, dirigiéndose en particular hacia la mesa de nuestros amigos. Recuerda Diego: “Nos miramos entre nosotros... Nadie se consideraba capaz de responder al desafío, mucho menos en aquel barrio. Nuestra sorpresa fue grande cuando vimos levantarse a Juvencio y dirigirse a la mesa retadora. ¡Juvencio, precisamente, tan callado, tan silencioso, tan prudente!” (189). Lo cierto es que Juvencio no sólo sorprendió ese día a sus amigos con su inesperado coraje sino también con la fuerza campesina de su brazo, triunfador en la contienda y en las apuestas.

Entre muchos otros testimonios personales con que Diego enriquece la *petite histoire* literaria de la primera mitad del siglo XX, destaco el que tiene a Braulio Arenas como protagonista de un sonado incidente en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, en vísperas del viaje de Neruda con destino a México en calidad de cónsul, a mediados de 1940:

Huidobro no hizo jamás nada parecido a lo que con frecuencia hacía De Rokha. Huidobro, como gran señor, no atacó nunca personalmente a Neruda. De ello se encargaban sus discípulos. Esto, en el plano de la literatura. Porque en el plano de la acción física, no todos tenían la vehemencia de Braulio Arenas, quien, mientras Neruda leía una conferencia en el Salón de Honor de la Universidad, pretendió arrebatarle los papeles de sus propias manos. Por suerte, estaba cerca mi primo, el poeta Jorge Bravo Muñoz, que impidió la continuación del hecho y que, con mi ayuda, sacó en volandas a Braulio Arenas fuera del salón y en medio del griterío que condenaba el atentado que había pretendido consumar (206).

CONCLUSIÓN

Estas *Memorias* de Diego Muñoz son cronológicamente erráticas y desordenadas. Más que *memorias* en sentido estricto son un *collage* de recuerdos tardíos, que presumo posteriores a la muerte de Neruda. Haber sido escritos (o reescritos) durante los años de la dictadura de Pinochet –Diego murió en 1990, en contemporaneidad con la muerte del régimen– obviamente condicionó los contenidos de esos recuerdos y explica el año 1943 como frontera límite (aparte las referencias de la “Introducción” y del “Epílogo” al año 1973). De ahí que el subtítulo del libro y sus textos se concentraron sobre los recuerdos conexos al espacio vagamente etiquetado *la bohemia nerudiana*, que no suscitaba sospechas. Había que tener mucho cuidado, en cambio, con las alusiones políticas tratándose del comunista Neruda, que en cuanto tal no existe en el libro a pesar de que los recuerdos cubren el período decisivo 1935-1943. Probables problemas de salud impidieron quizás una mejor y más ordenada disposición del material. En todo caso, Inés Valenzuela me asegura que el libro se publicó así como lo dejó organizado el autor.

II. LOS APUNTES DE TOMÁS LAGO

Tomás Lago intervenía calmadamente y de manera que siempre le quedara algo por decir. Creo que, de todos modos, fue el único que midió y sopesó muy bien a Pablo Neruda y adivinó hasta dónde habría de llegar. Por eso mismo llevaba anotación de todo lo que se hablaba, de todo lo que Pablo decía, como hubiera podido hacerlo un apóstol con el profeta.

Muñoz *Memorias* 79

VICISITUDES DE UNA EDICIÓN

Victoria Lago me confirma por teléfono desde Santiago, en estos días de marzo, que su padre Tomás le había legado, algunos años antes de su muerte, tres grandes cajas de cartón llenas de cuadernos, libretas y papeles manuscritos. “Son los apuntes que he tomado desde que era muy joven”, le habría dicho, “y algún valor creo que tienen. He seleccionado algunos para un volumen, pero se me ha hecho tarde en la vida y no sé si alcanzaré a componer algo publicable con todo el resto. Si me voy antes, hazte cargo de lo que quede, porque de todos modos no tengo mucho más para dejarte como herencia”.

Tras la muerte de su padre, Victoria se trasladó a México llevando consigo los originales del volumen que había estado a punto de ser publicado, con intención de rescatar más tarde las cajas que habían quedado en la casa familiar. Pero algún tiempo después, mientras ella vivía aún en México, su madrastra Delia Solimano, viuda de Tomás, de improviso enfermó de gravedad y debió ser internada en una clínica. Lo cierto es que cuando Victoria entró de nuevo en la casa de su padre las cajas habían desaparecido y nadie supo dar noticia de ellas.

Esta catástrofe silenciosa, de magnitud aterradora para la historia cultural –y sobre todo literaria– del siglo XX chileno, hasta donde sé ha pasado inadvertida en el país. Las cajas extraviadas contenían anotaciones inmediatas (y redacciones elaboradas horas después sobre esos apuntes) acerca de episodios, anécdotas, eventos, encuentros, conversaciones de café o bar ocurridos entre los años 20 y los años 50, especialmente en Santiago, Valparaíso, Isla Negra y otros lugares del espacio nerudiano y sus alrededores, y en los que circulaban la mayoría de los protagonistas –grandes, medianos y menores– de la *intelligentia* nacional y no pocos visitantes extranjeros. Más de treinta años de nuestra vida cultural con testimonios frescos, serios, inteligentes y bien informados, llenos de detalles, nombres, fechas, lugares, precisiones, descripciones, observaciones: todo ello se perdió quizás para siempre. Difícil exagerar la colosal dimensión de semejante pérdida. La muerte negó al autor incluso la satisfacción de ver impreso lo salvado.

No alcanzó Tomás Lago a ver publicados estos recuerdos que organizó a partir de cientos de páginas de anotaciones. El golpe militar de 1973 hizo inviable el proyecto de consignar lo “visto y oído” junto a Neruda. Quedaron hechas las galeras, que pudo revisar, y para las cuales seleccionó dibujos e ilustraciones que se extraviaron.

Esta edición es, por lo tanto, un rescate. Materializa un proyecto inconcluso basado en originales en poder de su hija, Victoria Lago. Cuando tuvimos dudas recurrimos a galeras que nos proporcionó gentilmente el profesor Pedro Lastra (13).

Las galeras (primeras pruebas de imprenta) a que alude el editor Hernán Soto en estos párrafos iniciales de su nota preliminar al volumen, se refieren a la edición –del mismo libro– que la Editorial Universitaria proyectaba publicar en 1974 con ocasión del 70º cumpleaños de Neruda, y que el “golpe militar de 1973 hizo inviable”. Habría debido aparecer en una de las colecciones que para la Universitaria dirigía Pedro Lastra, quien se encontraba en Estados Unidos durante los días del golpe. Tomás Lago recuperó sus originales para salvarlos, custodiarlos e incluso revisarlos en espera de mejores tiempos. Pero aparte algunos retoques menores que Tomás alcanzó a hacer antes de morir en 1975, aquella versión que no llegó a aparecer en 1974 era sustancialmente

la misma que unos 25 años después publicará la editorial LOM al cuidado de Hernán Soto (una bella edición en formato cuadrado, 20 x 20 cm).

Una acotación lateral. Diego Muñoz recordará haber conversado con Delia Solimano sobre los papeles del difunto Tomás: “me reveló que se trataba de un libro ya entregado a Losada. Pero este libro no ha aparecido, ni ha sido anunciado. Y mucho me temo que esté arrumbado por ahí, entre algún montón de originales.” (*Memorias*, p. 93). Es muy posible que Tomás, dada la creciente improbabilidad de publicar en Chile sus originales, antes de morir haya enviado una copia de ellos al editor de Buenos Aires que en 1974 había publicado las memorias de Neruda. Hasta es posible que Losada haya iniciado un segundo proyecto de edición. Pero en 1976 Argentina se precipitó en una dictadura, la del general Videla, que en más de un aspecto incluso superó en ferocidad y barbarie la del general Pinochet. Lo cual –que ciertamente no es poco decir– hizo en Buenos Aires aún más inviable que en Santiago el presunto proyecto Losada de publicar los apuntes de Tomás. Razón tiene Hernán Soto al calificar como *rescate* su (¿tercera?) tentativa, la que por fin desembocó en la triunfante edición de 1999. Valiosísimo rescate, aunque la calidad extraordinaria de lo salvado torne aún más lamentable y doloroso lo perdido.

“ANOTÁBAMOS SIMPLEMENTE LO QUE HABÍA SUCEDIDO CADA VEZ”

Las *memorias* de Diego Muñoz fueron el resultado de una tardía elaboración, posterior a la muerte de Neruda, de sus *recuerdos* de juventud. Tal vez había proyectado vagamente, en vida del poeta, un libro basado en esos recuerdos, pero no hay noticia de manuscritos tempranos. Los fragmentos dispersos que escribió (o reunió) para su testimonio de 1964 publicado en *Aurora*, fueron los primeros signos de un propósito inconstante, e inseguro, que oscilará entre el anecdotario ligero y alguna tentativa académica de establecer las “tres fases de la lírica nerudiana” (1979). El valor de su libro dependerá entonces de la consistencia o fragilidad de la memoria, y de las más o menos felices modulaciones (narrativa o escénica) de la escritura.

En cambio el libro de Tomás Lago es una compilación de apuntes del momento, pero el autor mismo los define *memorias* en su texto: “y estoy escribiendo unas memorias” (99). Hubo en esta operación, es verdad, la voluntad de reconstruir un cierto pasado. Lo singular es que los materiales usados para ello son anotaciones contemporáneas a los hechos. No se trata de un *diario*, sin embargo, porque el autor-narrador atiende más a la Circunstancia que a su Yo personal o privado, inserto en el texto sólo en cuanto testigo y personaje de las vicisitudes ajenas –no siempre conexas a Neruda– que sus cuadernos o libretas registraron. La voluntad testimonial es constante en el libro, pero la perspectiva de los relatos cambia de uno a otro, a medida que el tiempo avanza, y con ello cambia también la estructura del narrador.

Así, en el primer capítulo nos maravilla un joven Tomás que, entre 1935 y 1941, reconstruye con muy creíble verosimilitud parlamentos de Pedro Prado, de Juan Guzmán Cruchaga y, sobre todo, del gárrulo Joaquín Edwards Bello. En ese período Tomás transcribe y elabora desde sus apuntes la experiencia cotidiana con un evidente grado de pasión e intención artístico-literarias que los capítulos sucesivos atenuarán, pero sin pérdida del tenaz propósito documental. No se limita a la reconstrucción más o menos aproximada o esencial de los diálogos, como hace Diego Muñoz –según señalé antes– en los pasajes de modulación ‘escénica’ insertos en sus *memorias*. Aquí Tomás va hartos más lejos: intenta con deliberación la borgiana empresa de un memorioso total, en este caso muy imperfecto pero entusiasta, que para comenzar recuerda y repropone fragmentos, con detalles y matices coloquiales, de lo que Pedro Prado habla “constantemente sin parar durante todo el tiempo que estamos en su compañía” (33). Próximo a cumplir 49 años, Prado filosofa para Tomás y Julio Ortiz de Zárata en el Correo Central de Santiago el 11 de septiembre de 1935:

“...Yo, en estos días pasados, he sufrido, ¡eh, cómo he padecido!, pero todo ha sido para bien, y esto no es una lesera...”. Se calla un momento. Su aspecto es febril a todas luces. Julio apenas ha agregado algo entre sus frases. Yo no he dicho nada. Vuelve a lo mismo.

Sí, pues compañero. Yo he vivido, vivimos como sonámbulos... Despertar es aparecer en un nuevo orden de cosas. Porque ¿qué sabemos nosotros en este momento? Que estamos los tres en esta sala frente a la calle Mapocho, en la ciudad de Santiago, ¿no es eso? ¿Y si de pronto se borrara todo esto y apareciésemos sabiendo otra cosa? ¿Estuviésemos en otra parte? Eso no es posible, dice usted. Pues sí es posible. Eso se lo digo yo, que he pasado esto. ¡Cómo he padecido estos días!... (34).

En poco más de una página tenemos la imagen vívida de un escritor en crisis de declinación y con problemas psicológicos. Las páginas sucesivas (35-39) traen la transcripción de un extenso pero variadísimo monólogo, introducido por Tomás con una línea y media: “Encontré a Joaquín Edwards (Bello) en circunstancias que entraba a la Librería Nascimento a preguntar por don Carlos George”. Era el 5 de febrero de 1937, “seis y media p.m.”. Aparte esta información, Edwards Bello toma la palabra y no la suelta ni por un momento. Uno tiene la sensación de presenciar y escuchar el despliegue de su exuberancia verbal en torno a temas del momento, como la guerra civil española aún en fase inicial, y a personajes de actualidad en Santiago, con intercalación de reflexiones sobre las características del comportamiento de los chilenos. A comienzos del siglo XXI Jorge Edwards intentará revivir o recordar con talento y oficio las performances de su gárrulo pariente en *El inútil de la familia* (2004), pero Tomás aprovechó bien la ventaja de la experiencia directa e inmediata y, a partir de

frescos apuntes, supo elaborar su texto mimético con el sabor de la fidelidad, de lo auténtico y creíble. Reproduzco fragmentos dispersos:

Mire, Lago, ¿sabe usted dónde está Neruda? ¿En París? Sí, ¿en París? Mire, hombre –moviendo la cabeza–, Neruda debió haber aprovechado esta ocasión; era única en su vida; debió haberse quedado en Madrid. Usted dice que no tiene de qué vivir, pero él sabe dos idiomas, inglés y francés, y a los intérpretes les pagan... Mira, Lago (empieza a tratarme de tú), aquí tengo un artículo...

No, yo no creo en la gente del pueblo. Ahora se acercan las elecciones y aquí habrá seguramente un golpe de derechas. Esto no es España. ¿Tú sabes? Neruda me ha escrito no hace mucho una carta. Sí, me dice más o menos que cómo puedo yo, su gran amigo, estar indeciso ante la situación española... No, yo no creo que le hagan daño a Neruda por su actitud. Neruda ha crecido varios metros desde la última vez que salió de Chile, ante nosotros no, naturalmente, pero ante la gente. Porque aquí la gente necesita que le digan desde afuera lo que vale...

Hemos perdido incluso la gallardía del improperio. Somos muy baratos. ¿Sabes tú por qué echan de Chile a Gilberto Amado, el embajador brasileño? Por mala lengua. Dice a cada paso las brutalidades más grandes. A alguien que le elogió el palacio y la instalación de la embajada le dijo: ¡Ah! Y si usted conociera a la dueña, es la puta chilena más linda que hay: la Loló Duharte. Debe haber hecho muchas cuando lo echan. Para echarlo claro que lo condecoran primero... Y Quintana, el embajador [argentino] Quintana: ¿lo conoces tú? –Sonríe– es otro tipo. Dicen que una vez al anterior embajador del Brasil le preguntó si era cierto que en su país había muchos maricones. Rodríguez Alves se lo quedó mirando y le dijo muy tranquilamente: Nao, nao, as cosas de propaganda para atraer turistas argentinos...

Fiel a su método, el memorialista no se toma la molestia de informar al lector que las observaciones de Joaquín no tendrán cumplimiento (en febrero de 1937 Madrid bajo asedio ya no era una ciudad vivible para Neruda; la cancillería del gobierno Alessandri lo castigará por su posición antifranquista; el golpe de derechas abortará en Chile y triunfará el Frente Popular). Los apuntes del momento hacen del memorialista un narrador infrasciente (sabe menos que el lector).

Todavía Edwards Bello llenará con su plática torrencial las restantes páginas del capítulo (39-43), que elaboran apuntes fechados algunos años más tarde, el 4 de noviembre de 1941. La exuberancia de Joaquín no ha disminuido, pero Tomás intercala con más frecuencia alguna breve y discreta intervención suya. Y hay más atención a la circunstancia, al escenario.

En cierto modo, quizás inconsciente, el primer capítulo cumple en estas memorias la función de aludir a los años 20 y 30, vale decir, a la prehistoria del período

nerudiano que interesará a los capítulos restantes y nucleares del libro (1944-1954). Cabe preguntarse por qué Tomás Lago no inició su proyecto de memorias con los apuntes que tomaba en los bares, en la calle, en la universidad y demás espacios de la ‘bohemia nerudiana’ de los años 20, y que seguramente habrían completado los recuerdos de Diego Muñoz con importantes observaciones además de muchos detalles microscópicos y olvidados diálogos. Al centrarse en personajes por entonces de mucho relieve y grande influencia, como eran Prado y Edwards Bello, el primer capítulo esboza indirectamente la generación de Neruda a través de lo que ella dejó atrás. Pero por otro lado alegrémonos de que el libro de Tomás ilumine con información de primera mano, en gran parte desconocida e insustituible, un período no menos importante –aunque sin leyenda– en la trayectoria de Neruda.

LOS TIEMPOS DÉBILES

“Tenía que escribir estas notas sobre la vida en Isla Negra. He pasado allí 5 o 6 días, desde el martes de la semana pasada hasta hoy lunes en que regresamos con Pablo y Delia en la góndola de la mañana” (45). Así comienza el capítulo II. *Hoy lunes* era el 21 de febrero de 1944. Adviértase que la frase inicial es una explícita declaración de Tomás sobre el ánimo de misión, deber o tarea que han asumido sus apuntes.

Pablo y Delia han regresado desde México hace sólo pocos meses. Es verano y la casa de Isla Negra, precariamente cuidada durante los últimos años, está todavía *en rodaje*, incómoda, con problemas en los servicios de agua y electricidad. Ni Pablo ni Tomás tienen automóvil y para regresar a Santiago dependen de la *góndola* (el autobús) que viene desde Algarrobo o más allá, y que pasa a las nueve. Las notas de Tomás registran minuciosamente “un serio disgusto en la casa aquella” por el retraso de Delia.

Sin duda que si Delia no se apuraba llegaríamos atrasados con el agravante de que los pasajes estaban comprados y se perderían. Pablo empezó a irritarse. La cocina estaba sin asearse aún; para colmo, en el último momento, Delia mandó a la Chayo (empleada) a buscar la leche para el café. Temiendo perder yo también el viaje salí al camino. Sólo mucho rato después aparecieron Delia y Pablo. Disputaban evidentemente... Delia le reprochaba amargamente que la hiciera culpable a ella de los trastornos de la casa... La cocina estaba sin barrer y quedaría cerrada por varios días con el montón de podredumbre adentro. El w.c. no tenía agua y estaba sucio (siempre el agua en Isla Negra), etcétera...

Delia siguió disgustada todo el camino hasta Santiago y Pablo empezó a sentirse incómodo y, naturalmente, empezó a pedir misericordia. En Melipilla recién ella aceptó una taza de café. En realidad Pablo es bondadoso, se enoja sólo muy de tarde en tarde y por cortísimos instantes, y se arrepiente mucho de ello (45-46).

Lo impagable de los apuntes de Tomás es su atención a los *tiempos débiles* de la biografía de Pablo. El pasaje citado ilustra un aspecto conflictivo de la relación Pablo-Delia con inédita minuciosidad de detalles domésticos sobre el vivir en Isla Negra en 1944. Más adelante, en una nota escrita a fines de julio, Tomás informa haber viajado de nuevo a la costa con Pablo, y “que se fue con nosotros Germán Rodríguez Arias, el arquitecto español que le dirige los trabajos de la sala grande y *la torre que se va a agregar* a la casita de piedra” (50). Datos preciosos para la historia de la casa, entregados al pasar.

El tercer capítulo inicia con la llegada de Neruda, senador recién electo por las provincias del extremo norte, al aeropuerto de Los Cerrillos el 11 de marzo de 1945. Aparte una alusión rápida al entusiasmo popular (“Había muchos comunistas, faltando un cuarto para las seis”), Tomás pasa de inmediato a registrar detalles de la fiesta de celebración en *Michoacán*, la casa de Avenida Lynch: “Habíamos preparado dos corderos asados, cazuela de ave, sandwiches y demás por orden expresa de Pablo por telegrama. Hubo muchos invitados de última hora como siempre” (63). Atención al “por orden expresa de Pablo por telegrama”, primera y doméstica indicación sobre el espíritu organizador de Neruda. Cuando algo se hacía bajo su nombre, o bajo su responsabilidad y dirección, había que hacerlo bien hasta en los mínimos detalles. Las indicaciones y exigencias de Pablo determinarán en gran medida el brillo, la calidad y la eficiencia del trabajo político del partido comunista chileno, que lo situaron tercero en importancia dentro del mundo occidental, tras los partidos italiano y francés. Pero también aprendió mucho de los fogueados dirigentes obreros, como en este caso.

Durante aquella fiesta Tomás toma nota de lo que Pablo cuenta: pormenores de la elección, del trabajo preelectoral y en particular “la desconfianza suya como candidato y la experiencia de Laferte” (corrijo a Lago, que transcribe *Lafferte* el apellido del viejo dirigente comunista Elías Laferte, también electo senador junto con Pablo en las mismas provincias del norte). Anécdotas sobre los diversos grados de adhesión en las varias ciudades, pueblos y *oficinas* mineras que los candidatos recorrieron, muy grande por ejemplo en la oficina Santiago, pero “en Tocopilla sólo aplaudían al alcalde (Víctor Contreras Tapia, comunista) que es un lancharo de la bahía, pero lancharo de verdad que a esta misma hora (las 12 de la noche) debe estar cargando cajones en el muelle, lo cual no impide que en la mañana, muy cuidado y de cuello limpio atienda la Alcaldía mejor llevada del norte” (64). Un niño del lugar, sabiendo que Pablo es el candidato por quien su padre minero va a votar, le pregunta al poeta si él también es lancharo como el alcalde. Indirectamente Tomás entrega indicios menudos acerca de cómo la configuración de la identidad comunista de Neruda se consolidó a partir de las experiencias, a veces cómicas, del poeta entre los mineros del cobre y del salitre.

Lo más divertido que contó Pablo fueron sus sensaciones del escrutinio el día de la elección. Andaba con Bernardo Ibáñez, en la tarde, por las mesas y contaban:

Alessandri 200 votos, González Videla 150 votos, Lafertte 280 votos, Reyes Basoalto 3 votos. En otras con pequeñas variaciones Reyes sacaba 0 votos, Ibáñez 37. Cuando ya había convencido a Ibáñez que era mejor irse al hotel a pasar el dolor de estómago que empezaba a subirle hasta la garganta supo por una radio que en *María Elena*, Reyes sacaba mil ciento y tantos votos, Alessandri y los demás 200, 170 o algo así... (65).

Cómo no agradecer a Tomás haber salvado estos pormenores y muchísimos más. Detalles vivos de igual tipo traen las notas de agosto 1945, al regresar Neruda desde Brasil, que no remiten al triunfal discurso en el estadio Pacaembú sino a discretos signos de las convulsiones del movimiento comunista en Chile (y en América Latina) tras la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial. Era el preludio a la Guerra Fría, y seguramente Tomás registró síntomas de la compleja situación en sus conversaciones con Pablo, pero a la hora de componer este volumen prefirió el relato (fechado 25.08.1945) de un almuerzo con Pablo en casa de Rubén Azócar, desde donde partieron muy de prisa.

Tomamos el café y salimos... El apuro por salir me lo expliqué en seguida: Pablo quería alcanzar a comprar plantas para su casa y como Delia estaba sola en el pensionado [*del Hospital Salvador, convaleciente de una operación a las amígdalas*] había que ir pronto. El jardín era un gran sitio lleno de plantas junto a una casa vieja de madera donde funcionaba una escuela pública. (*Sigue una detallada descripción del jardín*).

El hortelano era un hombre ya viejo de perita blanca, con abrigo azul oscuro como un pequeñoburgués de visita. Nos acompañó un muchacho a ver unas matas al final del sitio. Pablo, de acuerdo con nosotros, eligió unas palmeras, una alta muy verde llena de hojas finas, muy largas, ésas que pinta en sus cuadros *douanier* Rousseau, palma Fénix, y una más común parecida a la chilena que se llama Chameron. Luego vino el dueño y preguntamos por un ágave grande. Valía 100 pesos como la palma Fénix. Pablo buscaba algo y no se interesaba demasiado por lo que queríamos nosotros que comprara. Quería tener colas de zorro, pero no encontramos. Compró chaguales, esas plantas quiscosas que dan los chupones y otras especies curiosas. Del fondo del sitio hizo sacar unas champas de una especie de quila ramosa. Quedaron de mandarlo dejar el próximo lunes a Los Guindos en una carretela. Pablo gastó 230 pesos. Vinimos luego al hospital trayendo 2 mazorcas secas caídas de un árbol como pino que parecían inmensas larvas. Una se la dejamos a Delia de pulsera en su cama (67).

Para quienes no conocieron a Neruda este relato de apariencia insignificante es un documento de múltiples implicaciones. En primer lugar permite visualizar al poeta en acción durante una de sus operaciones de *shopping* nerudiano, aquí en un modesto

jardín pero su comportamiento no había sido muy diferente (si bien más complejo) en los mercados de Rangoon, Colombo y Batavia entre 1927 y 1931, o en el Rastro de Madrid 1934, acompañado por Maruja Mallo, o en los *marchés aux puces* de París 1937, o en los innumerables mercados mexicanos entre 1940 y 1943, o de La Habana 1942, o en las ferreterías de Santiago. Curiosidad, conocimiento y búsqueda de precisas piezas de caza. También permite verificar cómo el fervor de Pablo contagiaba a sus amigos y los hacía compañeros de aventuras. Pero esta nota documenta además cuánto Tomás era un cómplice particularmente calificado, un hermano dotado de curiosidades, informaciones y nomenclaturas no menos precisas que las de Pablo, y de una capacidad letrada para describir o sugerir con lujo de detalles la atmósfera y la dinámica de la operación.

EL SENADOR PERSEGUIDO VA AL EXILIO

Entre los muchos aspectos de la trayectoria de Neruda que las notas recogen hay que destacar, entre el regreso desde México y el desafuero del senador, la presencia constante de Nicanor Parra en Isla Negra y en *Michoacán*. Muy amigo de Tomás Lago desde los años 30, su frecuentación de Neruda se produjo con naturalidad y con recíproco interés. El libro incluye momentos muy significativos en esta fase de la relación entre ambos poetas.

Pero en su segunda mitad estas *memorias* cambian de modulación, en correspondencia con la traición del presidente González Videla a su pacto con los comunistas, que habían sido decisivos para su elección en 1946, y contra quienes desencadenó a partir de 1947 una campaña de hostilidad que crecerá hasta determinar una franca guerra interna en el ámbito de la Guerra Fría internacional. El desafuero del senador Neruda a comienzos de 1948, el año de clandestinidad dentro del país y la fuga a través de la cordillera en abril de 1949 ocupan un primer bloque de las anotaciones de Tomás. El segundo bloque inicia con el regreso de Neruda en 1952 y, a poco andar, la aparición de Rosario y una nueva vida clandestina del poeta, de carácter amoroso esta vez, devendrán su foco principal. Sin espacio para examinar cada uno de los episodios que escanden el despliegue de una portentosa mole de datos e informaciones, me limitaré a señalar algunas muestras de la perspicacia y variedad de los recursos narrativos con que Tomás, fiel a su misión (u obsesión) testimonial, abordará el curso del acontecer.

Cuando Neruda lleva ya varios meses de vida clandestina, desplazándose de un lugar otro dentro del país según la estrategia y enérgica dirección del joven historiador Álvaro Jara (designado responsable de la seguridad del poeta por el Partido Comunista), Tomás le hace llegar una larga carta fechada el 18 de agosto de 1948. Buen conocedor de su amigo, el mensaje es un extenso, tranquilo y detallado 'informe' (107-113) sobre un almuerzo en la casa de Los Guindos, ofrecido por algunos amigos de Pablo (y en nombre de Pablo fugitivo) al poeta y crítico español Dámaso Alonso, de visita

en Chile, y al escritor Corpus Barga, también español pero residente en Lima. Aparte de Tomás, los amigos eran Juvencio Valle, Nicanor Parra y Ángel Cruchaga Santa María. El ‘informe’ comienza con el escenario del almuerzo, o sea la casa misma: un pasaje admirable y hasta conmovedor por lo que revela de la calidad del afecto de Tomás hacia su amigo y de cuánto conocía sus necesidades de información:

La casa está verdaderamente afectada por el temporal de nieve. Es inconcebible lo que puede suceder a los árboles con la helada. Los paltos están quemados como si los hubieran rociado con fuego: las hojas café-rojizas, pero hechas un puñado de telilla ferruginosa, todo encima, grandes ganchos desgajados. El acanto para qué decir. Sin embargo, ha habido una compensación de toda esta ruina y es el afirmamiento de algunos árboles chilenos de montaña que trajimos con Rubén el año pasado desde Valdivia. Reconocieron su ambiente natural con el frío y la lluvia. ¿Se acuerda usted? Recuerdo que anduvimos en Catamutún toda una tarde buscando rebrotes o pequeñas matas por el monte; luego las metimos en un saco con tierra en las raíces; venían hualles, lingues, tiques, laureles, canelos... Las plantamos —a indicación mía— cerca de la pila de agua por ser el sitio más húmedo de la casa. Bueno, pues, muchas no prendieron. Otras, según Rubén, usted —con su pidullismo botánico— las cambió de sitio, perdiéndose de vista; pero algo quedó allí de todos modos y ahora se veía en todo su esplendor: un retoño grande como de 0,60 m de un árbol de hoja pequeña con unos dientes que pican, no sé si es mañío, y cerca, luciendo como recién lavado por dentro, un canelo, nada menos que un canelo grande de más de metro de altura. ¿Qué le parece? Lo hallo formidable... Están verdes. Lozanos y vivos (107).

Tomás sabe cuánto aprecia Pablo estos detalles, contados con calma como si el destinatario estuviera de vacaciones en Río. A lo largo de las seis páginas siguientes la carta relata minuciosamente y con vivacidad la larga conversación del almuerzo, literaria pero también política. “Dámaso habló mucho con Parra, sobre todo, que lo declaró gran poeta de rompe y rasga por su libro *Hijos de la ira*, le dijo que poco menos que todos los poetas chilenos se inspiraban en esta obra... (este Parra), Dámaso se relamía y en menos que canta un gallo se lanzó a hablar de metros poéticos, estrofas, etc.” (107-108). Pablo había conservado alguna estimación hacia el español, conocido en Madrid, a pesar de que se había quedado en la España franquista, pero un año más tarde lo tratará muy mal en su elegía a Miguel Hernández de *Canto general*: “Que sepan los malditos que hoy incluyen tu nombre / en sus libros, los Dámasos, los Gerardos, / los hijos de perra, silenciosos cómplices del verdugo” (XII, v).

Las notas de Tomás recogieron curiosos encuentros, en el sigilo y riesgos de la clandestinidad, de Neruda con sus amigos para leerles los poemas de *Canto general* que había escrito recientemente. Así el 2 de septiembre de 1948, “en una casa con jardín en Providencia”, Álvaro Jara autorizó a insistencia de Pablo una lectura colectiva del

capítulo “El Fugitivo”, compuesto en un escondite de Valparaíso. Más adelante, la fiesta de Navidad en el departamento de los jóvenes Sergio Inzunza y Aída Figueroa frente al Parque Forestal, siempre bajo las severas reglas de seguridad de Álvaro Jara, es revivida por Tomás en su habitual registro de *tiempos débiles* y detalles inverosímiles, del tipo “Pablo andaba con una chaqueta muy rara, blanca, más bien larga, acinturada muy arriba y suelta abajo, como de otra época” (120), dato sin embargo exacto, pues se revelará vinculado al fallido plan de sacar al poeta escondido en un vapor rumbo a Guayaquil, donde esa chaqueta –le habían asegurado– no llamaría la atención.

Después de la riesgosa cuanto alegre fiesta navideña de 1948, Tomás no volverá a encontrarse con Pablo hasta su regreso del exilio en agosto de 1952. Pero sus apuntes registran los preparativos de la salida oculta por el sur, las angustias de la Hormiga cuando queda sola en Santiago y el curso del acontecer a través de noticias indirectas. Nada de muy novedoso hasta que el memorialista saca de la manga unos documentos extraordinarios: dos cartas de Pablo a Delia desde su base para la fuga, junto al lago Maihue, fechadas el 18 y el 20 de marzo 1949, “que Furmiga nos leyó una noche en casa de la Rucia y que luego me dio a guardar” (126). Las cartas informan sobre cómo pasa Pablo los días en el aserradero, esperando el inicio del gran viaje, con inéditos datos y relatos ciertamente nerudianos, como el de sus incursiones en la selva acompañado por un niño del lugar, Luis Humberto, 9 años, ambos en busca del “misterioso coleóptero del coigüe y de la luma” (129).²

EL REGRESO DE NERUDA Y LA APARICIÓN DE ROSARIO

Los capítulos VI y VII, finales, retoman la vida de Neruda en Chile desde agosto de 1952, al cabo de tres años de exilio. A modo de preámbulo, hay una extensa carta a Pablo enviada por Tomás a Italia el 2 de febrero precedente en la que –junto con informarle sobre las gestiones que amigos y políticos están haciendo para asegurarle un retorno sin problemas judiciales (aprovechando que el gobierno de González Videla llega a su fin sumido en el aislamiento y en el descrédito)– van rumores basados en noticias de los periódicos, según los cuales “usted se ha fugado con la Inés Figueroa y está pasando con ella una luna de miel en Capri, después de separarse de la Hormiga, la cual por eso viene a Buenos Aires” (145).³ En verdad el cable publicado por *La Nación* el 13 de enero mencionaba a una cierta “Inés Guiguerón” (137) como esposa de Neruda, lo que me hace pensar en un apellido que el propio poeta mascullo para despistar –quizás cuando algún periodista italiano lo sorprendió con Matilde Urrutia– en

² Estas cartas de Pablo a Delia del Carril, también en Pablo Neruda. *Obras completas*. Edición de Hernán Loyola, vol. V. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2002: 978-983.

³ Inés Figueroa Tagle, esposa del pintor Nemesio Antúnez, vivía entonces en París.

un lenguaje cifrado “como Pablo tiene costumbre emplear en su correspondencia” (154), y que en este caso, bromeando *para despistar*, quería justamente conducir en Chile al apellido de Inés Figueroa, amiga muy querida y de absoluta confianza, bella, inteligente y con gran sentido del humor (y que era cómplice en París de su relación con Matilde, además de administrarle los dineros que recibía por derechos de autor o premios). Y así sucedió.

Esta hipótesis no es tan descabellada si consideramos la larga historia de las falsas llegadas de Neruda a Los Cerrillos, iniciada el 26 de julio para concluir a mediados de agosto de 1952, según el relato de Tomás (146-163) que transcribió sus apuntes de narrador infrasciente, ignaro de las maniobras de despiste fraguadas por el enamorado amigo para quedarse algunos días más con Matilde en Montevideo donde los Mántaras (conocidos durante el viaje atlántico sobre la nave *Giulio Cesare*). Las alusiones de la carta de febrero al cable de *La Nación* y a ciertos rumores dejan suponer sospechas de una aventura amorosa, pero eso no era una novedad.

Aunque a lo largo de 1953 la aparición de una mujer *muy especial* en la vida de nuestro poeta fue un rumor constante que los apuntes de Tomás registraron, sólo en enero de 1954 –con ocasión del ciclo de conferencias que dictó en la Universidad de Chile como preludeo a los festejos de su cincuentenario– Pablo certificó a su amigo la verdad tras aquel rumor: “ ‘esta noche va a tener usted grandes novedades. Quiero que me acompañe a comer con los Carvajal [Armando Carvajal y Blanca Hauser]. Además voy a presentarle a mi amor. Usted sospechará algo de esto, pero ahora quiero que la conozca. Todo esto es muy secreto y nadie debe enterarse.’ ” (185).

–Usted cree que es un gran secreto –le dije–. No hay quien no hable de este asunto entre sus amigos.

–Sí, pero no tienen idea de quién es, ¿no es verdad?

–Puede ser, aunque he oído varias descripciones de su persona.

–No, Tomás. No saben nada. Yo, adrede, aparezco con otras amigas por ahí, para despistar. No saben nada de cierto. Ahora verá (186).

(*Para despistar*: la ingenua estrategia que hipoteticé más atrás viene aquí confirmada por el poeta mismo). Pablo y los Carvajal deciden que lo mejor es ir al restorán El Parrón. Tomás va a su casa a cambiarse ropa antes de dirigirse al local del encuentro. Sus amigos están ya ahí, en un comedor interior, pero la dama misteriosa no ha llegado aún. Conversan hasta su aparición.

Venía vestida de blanco, un traje de seda moaré. Es colorina de pelo duro, viva, de regular estatura, ojos sonrientes, rasgos un poco duros pero armoniosos, con algo sensual en todo. Cabeza de medusa, nido de víboras. Cuando alguien la

nombró, en mi interior di un salto. Se llama Rosario. Yo hacía tiempo que lo sabía por vagos detalles... Tenía una foto de Suiza (*Nyon*), en que Pablo aparece en los malecones de un río [¿el lago *Lemán*?] y abajo con su letra dice: foto Rosario. Pero antes aún, este nombre aparece en el poema *Que despierte el leñador*, al final: “Paz para mi mano derecha que sólo quiere escribir Rosario”... Mi intuición no me engañaba. Ahora lo había comprobado: se llamaba Rosario (186).

Tomás apenas la mira, para que todo parezca natural. Pablo no la presenta explícitamente. Durante la cena el poeta se refiere a sus conferencias en la Universidad de Chile, empresa que le está costando más fatiga de la que imaginó al aceptar. De pronto se dirige a Tomás, mostrándole a Rosario:

—¿De dónde cree usted que es? A ver, piense. De qué nacionalidad puede ser. Fíjese bien.

Yo la quedé mirando. Ella sonreía.

—¿Americana o europea? —pregunté.

—Bueno, americana. Es de un país del Norte.

Como no diera con su posible procedencia, al cabo de un momento agregó:

—Es chillaneja. De su tierra.

Nos reímos todos, y ella con nosotros.

La incertidumbre que rodeaba a esa mujer no sólo no se aclaraba sino que aumentaba cada vez más. Hablando de procedencia se aludió luego a que Blanca Hauser era de Cautín y no recuerdo por qué, en un momento dado, a causa del juego de la conversación, yo dije chanceando que no había peor astilla que la del mismo palo, refiriéndome a Blanca y Pablo que aparecían como coterráneos.

Entonces Rosario, mirándome de soslayo, me dijo sonriente:

—No vaya a ocurrir lo mismo entre usted y yo (187-188).

Desgraciadamente, sí ocurrirá. Uno de los precios más caros que pagó Pablo por su felicidad junto a Matilde fue —por encima de todas las demás— la ruptura con su hermano Tomás Lago. Ninguno de los dos explicó nunca la circunstancia, pero por supuesto el motivo desencadenante de la ruptura tuvo que ver con Matilde. Alguien me contó que muchos años después, con ocasión de un evento en que coincidieron por casualidad, ella se opuso terminantemente a la tentativa de amigos comunes hacia la reconciliación de Pablo y Tomás.

Estas memorias concluyen abruptamente, como habían comenzado, con los apuntes del día elegido por Tomás para cerrar el volumen, sin modificaciones, como los de un día cualquiera. Es el 30 de diciembre de 1954. Pablo acaba de regresar desde la URSS para pasar el Año Nuevo con Matilde. Delia se quedó en Buenos Aires, obviamente hay crisis en acto. He aquí las últimas líneas de las memorias, con alusión a disturbios cardíacos que el doctor Miranda ha detectado en el poeta. Líneas que sin proponérselo resultan melancólicas:

La mañana estaba en su cenit: había una luz radiante y la quinta se extendía ante nuestros ojos como una catedral de aire cristalino. De los altos paltos llegaba, a veces, un airecillo vivificador... yo pensé en despedirme... Eran más de la una del día y tenía que recoger a mi mujer en Providencia.

La última vez que había visto a Pablo fue en la casa pegada al cerro, donde cantan las aguas del torrente (*La Chascona*). Desde aquel día sólo hoy volvería a aquel sitio.

En el camino me vine pensando que la belladona le producía shock –se había dicho allí eso– y en cambio a mí me produce un gran bienestar. ¿Por qué sucedía eso? Miranda contestó a mi pregunta de una manera un poco vaga, hablando de las reacciones particulares de cada organismo. El gran remedio de Pablo sigue siendo el Methisco, parece (226).

PUERTA DE SALIDA

Una vez seleccionados y revisados los apuntes que integrarían el volumen, Tomás Lago redactó una especie de prólogo bastante extenso (17-31) que tituló *Cerca de Neruda*. Más abajo, en la misma página 17 el subtítulo “Puerta de entrada” inaugura el primer apartado del texto, en cuya última página (31) leemos: “Le acaban de otorgar el Premio Nobel en Estocolmo después de haber figurado muchas veces como candidato distinguido para eso”, de lo cual se infiere que este prólogo fue escrito a fines de 1971 o a comienzos de 1972 para la publicación del volumen por la Editorial Universitaria.

Es un curioso prólogo que, con el tono y parsimonia del habla de Tomás, busca explicar el origen, el estilo, la intención, la modalidad, las características –en fin– de la escritura y composición del libro. No lo hace en modo lineal, avanzando en el desarrollo de una línea argumental, sino en círculos que parcialmente se superponen volviendo sobre algunos aspectos, en particular sobre el porqué y el cómo surgían los apuntes. Entresaco algunos fragmentos dispersos:

Anoté hechos curiosos solamente (17).

Ojos y oídos de lo que pasa y ha pasado a nuestro alcance. No es una selección impuesta por nada. Solamente vivida. No había profesionalismo periodístico para estas páginas. Sólo nos interesaba dejar memoria de lo sucedido un día u otro (19).

El esquema de esta línea es muy sucinto. Nada más que para entender mejor las anotaciones directas acerca del ámbito donde vivían las personas, alrededor de Neruda, en la época de entonces. Son huellas fidedignas de conversaciones y dichos para disminuir ideas generalizadas sobre cosas, acentuar ausencias y olores y palabras. ¿Algo novelesco? ¿La biografía? ¿Editoriales de propaganda? No,

nada de eso. La vida misma compartida para su entendimiento. Restos de cosas, acciones directas de curso intelectual, conversaciones domésticas, comiendo pucheros, ensaladas de repollo, entre amigos, frente a los paltos, debajo de una higuera, escondido en una casa donde leía originales sobre el *Canto general*, antes de huir de Chile.

¿Huir de Chile? ¿Por qué sucedió todo eso?

No hay desarrollo en estas páginas sobre el asunto en sí –desde tantos puntos de vista– y esto es sólo un vestíbulo para enfocar la experiencia misma sucedida alrededor de un punto humano (29).

Podemos repetir, finalmente, que en las anotaciones seleccionadas se divisa mucho de lo personal del asunto, sin reflexiones biográficas previas ni a posteriori. Más bien algo vago e inmediato (31).

Detrás de estas declaraciones creo ver que para Tomás la extraordinaria persistencia en el ejercicio de sus apuntes (que como mínimo superó en otros diez los veinte años incluidos en este volumen) respondió a una necesidad personal e íntima, quizás ni siquiera bien comprendida por él mismo. Digamos que fue el modo definitivo que encontró para vivir auténticamente, de verdad, la experiencia literaria. Tras el dúo en prosa con Neruda en *Anillos* (1926), Tomás publicó la novela brevísima o cuento largo *La mano de Sebastián Gaínza* (opúsculo n° 32 de la colección Lectura Selecta. Santiago: 1927, 31 páginas) y el cuento “Puerto de escala” en el volumen *Catorce cuentos chilenos. Antología moderna*, selección de Luis Enrique Délano (Santiago: Biblioteca Zig-Zag n° 46, 1932). Tal vez descorazonado o por simple sinceridad no volverá a insistir en el ejercicio literario, que yo sepa, derivando más tarde hacia otros espacios culturales a través de la ensayística (*El huaso*) y de la biografía (Rugendas, María Graham).

De ahí que sus apuntes cotidianos (o casi) fueron su íntima o secreta vía de anclaje para permanecer con legitimidad en el mundo de la literatura chilena, eligiendo como centro de operaciones la vida y órbita de Neruda. Sabemos que tomaba apuntes desde los años de la universidad y de los *Veinte poemas*, pero tal vez fue en los primeros años 30, o en el preciso 1935 inaugurador de este volumen, que Tomás reconoció definitivamente en su amigo Pablo Neruda no sólo un poeta capaz de justificar y de fundar una tarea seria, un trabajo personal esforzado y constante, sino un universo humano y literario al que valía la pena dedicarle lo mejor de sus propias capacidades. Incluso en secreto.

Directamente, la base de los apuntes fidedignos está en la presencia de Neruda, cuya casa de residencia estaba en la avenida Lynch –del barrio La Reina, allá arriba–, cuyo interior es casi una cuadra de parque lleno de altos paltos y

castaños. Allí llegaban muchos amigos comunes. ¿Admiradores de Neruda? Hasta cierto punto, porque sus razones de enlace tenían varias ramas de acción recíproca también.

La escena de fondo abarcaba muchas cosas de percepción establecida hacia la personalidad central... Pues, las páginas se clarifican alrededor de un ámbito más bien personal de la ciudad de Santiago, como un mapa urabano, en los nexos con la gente conocida y tratada en los diversos núcleos, calles, instituciones, asuntos (21).

¿Por qué no inició la publicación de sus apuntes antes del Nobel a Neruda? ¿Qué destino imaginaba para su secreto afán antes de la ruptura con Pablo? Y después, ¿qué pasó durante los años que siguieron, cómo vivió Tomás la crisis y el íntimo drama de su tarea testimonial después de abandonar el espacio energético, la base de operaciones, la figura que justificaba sus fatigas? Ignoro si dejó alguna huella al respecto. En su prólogo Tomás evita referirse al asunto, mantiene un tono distante, discreto y de gran dignidad, incluso pareciera querer quitarles importancia a las anotaciones que ha decidido publicar. Pero entre líneas leemos el orgullo por la proeza de sus apuntes sin ayuda de grabadora:

[...] Tantas memorias que se han descubierto y expandido sólo cincuenta años después de escritas.

La vida de hoy y la vida de ayer. Pero la redacción no es la misma, nunca. Ahora menos que nunca. Con la cinta magnetofónica se acabó la cuestión. Está la materia a la vista. Pero resulta también que no hay vista, a veces. La redacción de un libro como proceso individual es un fruto humano. Dentro de la *cibernética*, Sire (18).

Las anotaciones las hacía yo unas horas después de lo ocurrido, o al día siguiente, como ayuda-memoria, lo que es muy claro (23).

BIBLIOGRAFÍA

- Lago, Tomás. *Ojos y oídos / Cerca de Neruda*. Santiago: LOM Editores, 1999.
- Lejeune, Philippe. *Il patto autobiografico*. Bologna: Il Mulino, 1986.
- Muñoz, Diego. *Memorias. Recuerdos de la bohemia nerudiana*. Santiago: Mosquito Editores, 1999.
- Neruda, Pablo. *Obras completas*. Hernán Loyola Editor. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2002.
- . *Confieso que he vivido*. Barcelona: Seix Barral, 1974.



Diego Muñoz. (Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional de Chile)



Tomás Lago. (Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional de Chile)